

# Relatos breves de mujeres eternas

Estercilia Simanca Pushaina

*Para mí, todos los días son Abril*

I

Entonces escucharon hablar de los paracos, que estaban entre nosotros, que vigilaban el territorio mientras dormíamos, que entraron porque los nuestros los dejaron entrar. Los paracos las veían cuando iban al pozo a buscar agua. Mientras hacían la fila les hablaban en español y ellas no entendían y se reían, los paracos eran blancos y bonitos, había uno rubio que provocaba tocarle el cabello, parecía de oro. Con el tiempo ellas le sonreían al paraco rubio, con el tiempo el paraco las enamoró, pero al paraco le gustaban las que no sonreían. Los paracos se fueron sin avisar. Hoy continúan buscando agua en el pozo las mujeres y son sus hijos rubios de once años todos, con diferencia de días, incluso horas de nacidos. A una pequeña rubia se me ocurrió decirle que parecía hija del sol y de la luna, ella sonrió y me dijo: “Soy hija del paraco”.

II

Su lengua tiende a salirse de su boca y sus manos y sus pies son pequeños; casi no le gusta bañarse y nunca ha hecho un esfuerzo por pronunciar una palabra. Vivía masturbándose y decían que, además de lo que tenía, podía volverse loco. Cuando me llevaron a su casa, le preguntaron si yo le gustaba, que me mirara, él volteó y, sin darme cuenta, lo tenía encima de mí. Lo empujé, pero mis brazos eran tan flaquitos y débiles que terminaron por sumergirse en la masa

de abdomen acuoso, sentí su olor a vinagre y saliva mientras aspiraba a bocanadas los segundos que me tuvo apretujada mientras la madre de él y mi tía intentaban quitarlo de encima mío.

— Ya ella se desarrolló y es señorita, nunca ha tenido hombre.

— Le gustó, es lo que importa. Si es señorita o no, no es de cuidado, lo importante es que a él le guste, pero esperemos que crezca, un poco más, porque una vez que entre a esta casa ya no saldrá.

Así planificaron mi matrimonio con un hombre gordo que se la pasaba jugando y buscándome para decirme india bonita. Me perseguía por toda la casa y a los dos nos entraban como perros para el cuarto cuando intentaba besarme en la boca y yo me quitaba.

Ahí nos quedábamos mirándonos a los ojos. Con el tiempo terminé limpiando su baba y su cuello, pero en el cuarto no intentaba besarme, sólo tocaba mi cabello y decía: “dueme, dueme”.

— ¿Por qué no te dejas besar de Simoncito?

— Porque nosotros no nos besamos en la boca.

III

Hay hombres en La Guajira que asumen que hay que tener una mujer wayuu por aquello del respeto. Tener cuñados wayuu representa en algunos casos respaldo y so-

lidad. En ese orden de pensamiento, un hombre arijuna con un hogar arijuna bien formado decidió hacerle caso a un compadre, arijuna como él, pero juntado con una mujer wayuu, además de la que ya tenía, una mujer arijuna con la que estaba debidamente apostillado o casado.

—Le voy a presentar una amiga compadre, gente brava, son un poco.

Y así fue como le presentaron a mi prima Carlota del Carmen Pushaina, monolingüe, gorda pero voluptuosa, alta, lo más parecido a #CamilaSagastume.

—¿No hay otra, compadre?

—Agarre esa, que tiene familia numerosa.

La visitaba, la cortejaba y, contrario a lo que usted pudiera pensar, mi prima se hizo rogar. El pretendiente cayó muy bien y a los meses ya se quedaba en la ranhería, por lo que fue conveniente tasar la dote. Fue tal el apego de él con ella, que cuando se perdía, ya todos, excepto su familia, sabían dónde encontrarlo. Cuando el hijo de ambos tenía como seis años, el marido de mi prima falleció. La noticia llegó a la ranhería y, como era de esperarse, había que seguir el protocolo wayuu: enlistaron tres camiones 3.50, mataron una vaca y se llevaron como diez pimpinas de chirrinchi. Llegaron al pueblo de los arijunas donde vive gente como la que vive en Riohacha y en San Juan, que despiertan con la ascendencia europea y añoran un continente que nunca conocieron, pero los ata un juego de pocillos de porcelana heredado de una bisabuela francesa u holandesa.

La casa paterna del difunto quedaba en el marco de la plaza de aquel lugar y sus

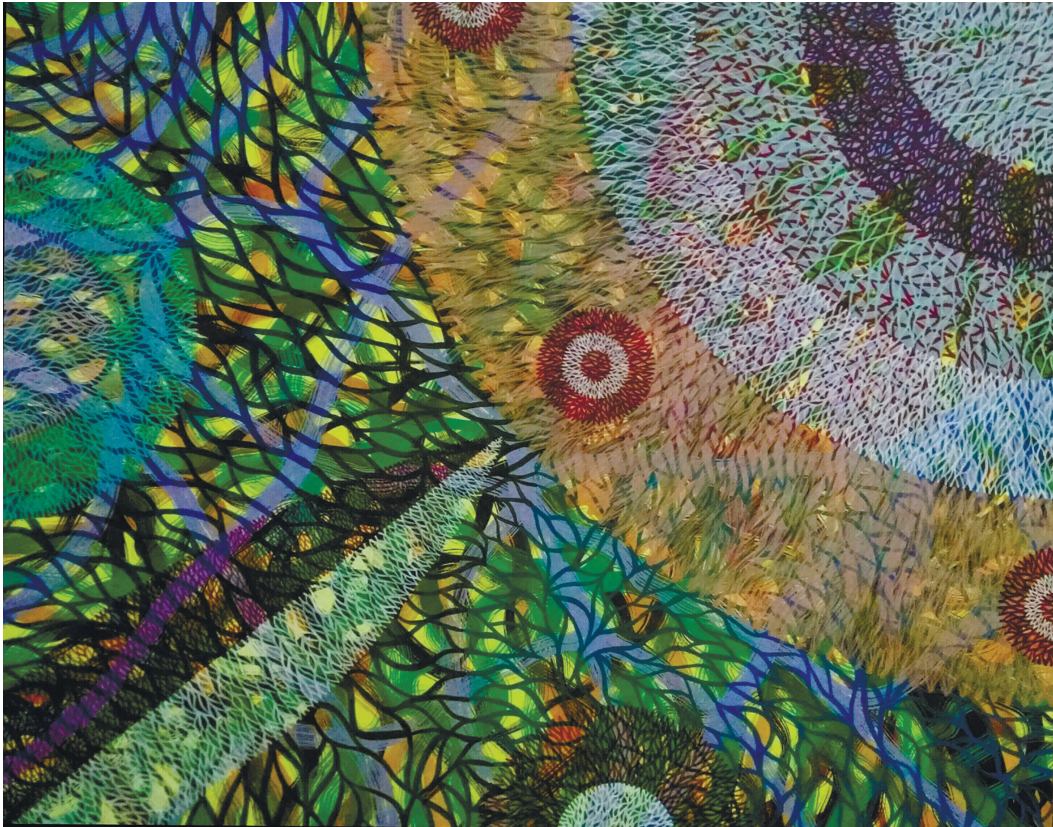
habitantes se despertaron con los árboles centenarios de la plaza con chinchorros multicolores colgados de sus ramas. Carne fresca de res y carne de chivo seca colgada en un improvisado colgadero que amarraron de un tronco a otro, paisanos tomando tragos cortos de chirrinchi que invitaban a los arijunas a acercarse y ahí se quedaban.

—Ve, ahí si hay indio. ¿Quiénes serán?, se preguntó la viuda que con el tiempo sintió una desventaja al ver cómo mi prima Carlota del Carmen Pushaina lloraba más que ella, tapando su rostro con una toalla y rodeada de mujeres wayuu. Que no usaba pañuelo como ella, sino una toalla para secar sus lágrimas.

Cada vez que se acuerda suspira y dice para sus adentros: ¡Con razón, si la india lo amaba más que yo!

## IV

Entonces quisieron involucrarme en un juego que no quise jugar. Caminábamos una mañana fría los tres. No desayunamos juntos porque no me gusta conocer a los amigos de mis amigos, entonces preferí sentarme en una mesa sola para que mi amigo conversara con su amiga mientras yo disfrutaba mi desayuno. Ellos me observaban como si no les importara que yo supiera que hablaban de mí y reían. Salimos del restaurante y caminamos los tres; ella se iría esa misma mañana a su casa y mi amigo había quedado en acompañarla a su hotel. Fue entonces cuando se despidieron, que ella decide lanzarse encima mío e intenta besarme en la boca. Vi en sus labios delgados, pálidos y craquelados por el frío asomar su lengua de lagartija y la empujé; en una fracción de segundo vi el rostro de



Benjamín Jacanamijoy. *En un lugar de las hojas del árbol de viento*. Acrílico sobre lienzo. 120 x 150 cm. 2018.

mi amigo, que sonreía, transfigurarse en desconcierto cuando la vio en el suelo.

—Querida, pensé que eras de mente más abierta — me dijo —.

Hoy me frustra que no se hubiera levantado a devolverme el empujón sino a decirle a mi amigo: “Esa vieja está loca”.

No le volví a hablar y dice que soy homofóbica.

## V

De mis cortas estancias en el Paraíso, mi comunidad, recuerdo siempre a mi abuelo levantarnos para ir al corral. Tenía muchas

vacas y yo les tenía miedo. Él se paseaba en medio de ellas y me parecía una especie de súper héroe. Pensaba que mi abuelo no le tenía miedo a nada. Nos montaba en una carrerilla y allá estaban sus otros nietos ordeñando. Nos servía un vaso de peltre a cada uno de leche tibia recién ordeñada y yo me demoraba una eternidad en acabarla porque no estaba acostumbrada a tomar leche pura. El frío de hoy me recordó esas mañanas, porque había frío y mosquitos, pero no nos importaba. Éramos inmensamente felices, pese a los miedos, y, hoy me acabo de dar cuenta, porque de regreso yo podía escoger la casa donde iba a desayunar y prefería ir siempre a la casa de Marina, porque ella nos consentía mientras desayunábamos. Marina era una madre comunitaria natural. Creo que todos, absolutamente todos, la quisimos.

## VI

Entonces atendí el llamado de Mere, una niña de doce años que cursaba cuarto de primaria. Ella sabía que los sicólogos arreglan problemas y quiso que yo arreglara el suyo. El profe ha intentado besarla varias veces, así como ha hecho con el resto de niñas del colegio. A las que ha vencido las lleva al monte, pero antes las asalta en los baños de la escuela y ahí las besa. Después las amenaza y hace que se vayan del colegio cuando les crece la barriga. A Mere la echó del colegio porque no se dejó besar y a mí me quiere matar.

## VII

Se llamaba Elida y era la esposa del hermano mayor de mi mamá. Dicen que era familia de mi abuela Meme y que fue dada en matrimonio a los trece años al hermano de mi mamá. Elida era mayor que mi mamá y menor que su esposo. Por Elida mi mamá se enfrentó con mi tío para que no le siguiera pegando. Le pegaba frecuentemente y mi mamá no podía hacer nada más que colgarse en la espalda de su hermano para que no siguiera pegándole. Nadie en la casa de los abuelos intercedía por Elida, nadie. Fueron años de angustia para Elida. Era que solo llegara borracho para que se le encapotara su mundo que, de por sí, era gris. El hermano de mi mamá fue asesinado mientras estaba en un entierro. Dicen los testigos que lo balearon mientras veía cómo descendía el ataúd en la fosa de un cementerio wayuu. Un tiro certero acabó con su vida y con el sufrimiento de Elida, de la que no supo más. Después de las nueve noches y de recibir el consuelo mientras lloraba, como lloran las mujeres wayuu a sus muertos, se fue. No se despidió. No dijo a dónde iría. Nadie siguió



Tejido de Paracas, lana y algodón, 300-200 a. C., descubierto en Perú. Museo Británico.

las huellas de Elida y yo tengo su cédula, porque todas las cédulas de las mujeres mi abuela las guardaba en un pote. Mi mamá la guardó como la única fotografía que muchos wayuu de la época tienen, la de su cédula. De los pequeños fragmentos de vida que mi mamá me cuenta nacen mis historias. Por Elida escribí “Bultito llorón cara de indio” porque Elida huyó con su pequeña hija la que tuvo su nombre en territorio, pero que mi mamá ya no recuerda.

**Estercilia Simanca Pushaina.** Nace en la comunidad indígena El Paraíso (resguardo Caicemapa) en 1975. Abogada en ejercicio de la profesión, egresada de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Su obra ha contribuido al trabajo de investigación de estudiosos de autores indígenas. Algunas de sus obras son: *El encierro de una pequeña doncella*, *Manifiesta no saber firmar y Por los valles de arena dorada*.